

# Francisco Javier y el arte de gobernar

---

*José María Tojeira, sj*

## 1. Introducción

La mayoría de los escritos sobre Francisco Javier se suelen centrar en su dimensión misionera. Sus deseos indómitos de ampliar horizontes al cristianismo, su concretización de la mayor gloria de Dios en las misiones hacia fuera de la cristiandad, han resonado a lo largo de estos 500 años como desafío y aliento para la Iglesia y para muchas personas de buena voluntad. Sin embargo no es frecuente recordarlo en su dimensión de hombre de Iglesia, con cargos de responsabilidad, con ideas claras de lo que debe ser la tarea de dirigir una institución en condiciones que podríamos llamar de crisis.

Condiciones de crisis que aparecen muy claras en sus escritos. Desde el “amor desengañado” que le profesa al rey de Portugal a causa de la corrupción existente en la India y la nula reacción real, hasta la dura descripción de la ambición de los capitanes. Desde el enfrentamiento directo con Don Álvaro de Ataíde hasta la dureza de la vida en Japón y en las islas del Moro (“islas de esperar en Dios” las llamaba Javier, sabiendo que las posibilidades de ser asesinado eran grandes). Desde la explotación de los comerciantes de perlas portugueses sobre los indios de la costa sur de la India, hasta los asesinatos de estos mismos indígenas, recién convertidos, realizados

---

<sup>1</sup> Dado el número de citas de las Cartas de S. Francisco Javier que contiene este artículo, hemos decidido prescindir de su numeración para facilitar su lectura. Todas las citas van entre comillas y la mayoría de ellas están tomadas de la vida del Santo, titulada: “Francisco Javier: Su vida y su tiempo”, escrita en 4 volúmenes por el jesuita alemán Georg Shurhammer, editado recientemente con apoyo del Gobierno de Navarra, y del libro “Cartas y escritos de San Francisco Javier” editado en la BAC.

\* Jesuita. Pertenece al Consejo de Redacción de Diakonia.

por otros grupos religiosos en contexto de lucha entre diferentes soberanos.

Y a todo esto sumándole las dificultades de un estilo de vida de los portugueses establecidos en las diversas fortalezas-factoría a lo largo de la India, caracterizado por la corrupción de las costumbres y la permisividad de diferentes tipos de abuso. Al igual que en la sociedad colonial latinoamericana, la tendencia a dejarse dominar por una sociedad conquistadora en muchos aspectos hipócrita, permisiva y sin escrúpulos, era demasiado fuerte para religiosos que llegaran a las nuevas tierras sin una adecuada formación unida a una especial reciedumbre de carácter. El caso de Fray Francisco de la Cruz, excelente religioso en España, pero que terminó juzgado por la inquisición en Perú por graves problemas en los que se mezclaban teología, moral y política, justificando tendencias corruptas de los conquistadores, es un magnífico ejemplo de cómo los ambientes coloniales de conquista podían llevar a los religiosos a una vida en muchos aspectos relajada. Su caso no fue único, sino que marcó una relativa tendencia en las nuevas tierras de ocupación mercantil-colonial, con la que tuvo también que lidiar en la India Francisco Javier.

Como elemento previo al estilo de Gobierno en Javier, hay que reseñar su profunda identificación con el carisma de la naciente Compañía. Carisma grupal que implicaba una profunda unidad de ideales y personas. En una de sus tempranas cartas desde la India insistía en recibir cartas largas con noticias de la Compañía y especialmente de los compañeros, nombre por nombre, con el deseo explícito de que “tengamos que leer ocho días, que nosotros así lo haremos”. El deseo hondo y afectuoso de reencontrarse en la otra vida con los primeros compañeros aparece en el final de casi todas sus cartas. La unión de ánimos, que es la estructura profunda del estilo comunitario de los jesuitas, se expresaba en Javier con un afecto y una ternura especial hacia sus compañeros: “Y para que jamás me olvide de vosotros, por continua y especial memoria, para mucha consolación mía, os hago saber carísimos hermanos, que tomé de las cartas que me escribisteis vuestros nombres, escritos por vuestras propias manos, juntamente con el voto de profesión que hice, y los llevo continuamente conmigo por las consolaciones que de ellos recibo”.

El misionero sabe que el amor de Dios es misión, dispersión, fuerza misionera que aleja de lo que uno más quiere (“en esta vida tan apartados andamos unos de otros por su amor”). Pero al mismo tiempo, consciente de que el espíritu ha sido entregado grupalmente a un pequeño círculo de amigos, busca y se deleita en la comunicación con ellos: “Cuando comienzo a hablar de esta Santa Compañía de Jesús, no sé salir de tan deleitosa comunicación, ni sé acabar de escribir”.

## **2. Javier, hombre de gobierno**

Esta unión entre la fuerza misionera que lleva hacia fuera de sí mismo y del propio grupo, y, simultáneamente, el espíritu y el ánimo semejante que identifica y mantiene en la amistad tiernamente humana y fiel al mismo tiempo al carisma y a la vocación recibida, pone las bases de un estilo de gobierno en el que destaca simultáneamente el amor-comunión con sus súbditos, la pasión por la misión y la reciedumbre de la exigencia personal. Aunque Javier llevó desde el principio el nombramiento de Nuncio Apostólico y cartas de recomendación del Rey, casi nunca puso su autoridad en el liderazgo institucional que sin duda le otorgaban los documentos. Al contrario. Lo primero que hace al llegar a Goa es presentarse al obispo, el franciscano fray XXX de Albuquerque, presentarle las mencionadas cartas y decirle que sólo las utilizará en lo que el obispo le diga. No pretende suplantar a nadie, sino servir. Sólo en una ocasión, cuando el capitán Álvaro de Ataíde trata de muy diversas maneras de impedirle su viaje a China (en otras palabras, cuando alguien entorpece severamente su misión e ímpetu apostólico), saca Javier sus credenciales a relucir e intenta desde la autoridad dada, vencer el obstáculo que el gobernador de una plaza le ofrecía.

### **A. La ley del amor**

Javier era un hombre profundamente afectuoso. Los que escribían sobre él resaltaban siempre su capacidad de hacer amigos, su rostro en permanente sonrisa, su capacidad de poner paz en medio de los pleitos. Él mismo era consciente de que el testimonio personal de entrega servidora y amorosa a los demás era la mejor arma apostólica. Así, se echa de ver en su insistencia en que los jesuitas procuren “con todas su

fuerzas ganarse el amor de estas gentes, porque si fueran amados por ellos conseguirían más fruto que si fueran aborrecidos". Sus cartas al rey, frecuentes, están llenas de peticiones a favor de personas que de diversas maneras ayudaron a la Iglesia o a la Compañía. Cualquier persona que fuera honrada sabía que podía contar con el apoyo de Javier ante el Rey para conseguir algún tipo de compensación por sus trabajos. En los testimonios sobre Javier se repetía siempre la alusión a su sonrisa permanente y su cercanía humana. Thomé Lobo escribe al rey de Portugal desde la India y le dice sobre Javier: "Constantemente pone paz, no soporta enemistades".

Ese mismo carácter y estilo afectuoso le lleva a definir la Compañía como una estructura en la que el afecto prima incluso sobre ese orden primigenio que brota del temor: "Compañía de Jesús quiere decir Compañía de amor y conformidad de ánimos, y no de rigor ni de temor servil". La autoridad no está desvinculada del afecto y del cariño a las personas, y es en este contexto de una Compañía con el mismo amor y el mismo ánimo, en el que Javier pide que le envíen personas que sepan ejercer la autoridad. Gente "que sepa mandar sin que se noten en él deseos de querer mandar, o de ser obedecido, mas antes de ser mandado". Estos deseos son constantes y en carta a Simón Rodríguez le insiste en que envíe gente con capacidades de gobierno. En otras palabras, un tipo de "persona que supiese mirar por todos los hermanos que en la India están, con mucha prudencia y saber, sabiendo compadecerse, llevar y tratar a los hermanos de la Compañía". A Antonio Gómez, jesuita con el que Javier tuvo serios problemas, y que en algún momento tuvo posición de gobierno en Goa, el apóstol le insistía: "El que tuviere cargo de los de la casa trabaje por hacerse mucho amar de los hermanos, más que de quererlos mandar". Y en otra carta le insiste: "Por amor de nuestro Señor os ruego que os hagáis amar de todos los hermanos de la Compañía mucho, así de los que están en casa como de los de fuera, por cartas... porque no estaré satisfecho en saber que vos los amáis, sino en saber que de ellos sois amados".

Amor que no es privativo de los superiores, sino que debe ser el ambiente comunitario. Las palabras que dedica a sus compañeros de

Goa son de una ternura que hoy, acostumbrados a una manifestación sobria de los afectos, nos parecería desproporcionada. Pero no deja de despertar emoción el leer, en este avezado misionero, esas frases en las que asegura llevar en el corazón a todos sus hermanos, y que si ellos se viesen en su corazón reflejados probablemente no se reconocerían por ser tanta la estima que Javier les tiene y tanta la humildad de sus amigos. Y tras ese modo de hablar, tan profundamente humano, el complemento religioso de quien ve en el amor una fuerza apostólica: “Convertid parte de vuestros fervores en amaros los unos a los otros, y parte de los deseos de padecer por Cristo en padecer por su amor, venciendo en vosotros todas las repugnancias que no dejan crecer este amor, que sabéis lo que Cristo dijo que en esto se conoce a los suyos, si se amaren los unos a los otros”.

Y precisamente por que ama a sus compañeros en primer lugar, repite lo que San Ignacio escribiría posteriormente en el Proemio de las Constituciones. Sin lugar a dudas los propios primeros Compañeros habían discutido entre ellos la conveniencia o no de tener normas. Ignacio en el Proemio de las Constituciones, insistía en que “la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones”, junto con la gracia de Dios que se dignó comenzar la Compañía, eran los elementos que le han de dar consistencia a la misma. Y esas palabras sonaron sin duda con frecuencia en aquellos primeros diálogos y discusiones de la orden naciente. Javier repite el concepto de las Constituciones, que nunca conoció, diciendo: “De todos los de la Compañía de Jesús tanta confianza tengo, por lo que de ellos llevo conocido, que no tienen necesidad de superior”. Las Constituciones son un ayuda “para mejor proceder”, y el superior en Javier es conveniente “para más merecer (el que obedece) y para vivir en orden”. La unión de ánimos era también unión de criterios y estilos de gobierno.

## **B. Un amor dirigido a la misión**

Este amor conduce siempre en Javier a concentrarse en una doble dirección. Mirar hacia dentro de la persona, desarrollando las condiciones de un verdadero sujeto apostólico, y dirigir la mirada hacia fuera espoleándose y animándose para construir al hombre capaz de la misión. El primer consejo que Javier da a sus súbditos, y lo repite en varias de sus cartas, es la invitación a mirar hacia el interior de sí

mismos: “Primeramente acordaos de vos mismo”, le dice al P. Barceo en una de sus instrucciones. A Gonzalo Rodríguez le repite la misma idea: “Vigilad siempre y nunca os olvidéis de vos mismo; porque quien de sí se olvida ¿qué recuerdo tendrá de los otros?”. Pero ese mirar hacia dentro de sí mismo no es una advertencia espiritualista o abstracta. Se trata de mirar a la propia identidad jesuítica del apóstol que desea el bien más universal. En una de sus instrucciones de tinte más pastoral aclara: “Como fin de todo os encomiendo sobre todo vos mismo a vos mismo; que os acordéis que sois miembro de la Compañía de Jesús. Para hacer lo de otras cosas que allá se ofrecieren muy de servicio de Dios, cuando de la tierra tuviereis experiencia, ella os enseñará, pues es madre de todas las cosas”. La tensión personal hacia la santidad es indispensable para el éxito apostólico. Y el que no es capaz de exigirse a sí mismo, difícilmente transmite el mensaje de la cruz, que es, al fin, tanto camino de salvación como sentido de la historia y eficacia del reino. Una vez identificado con la cruz y con el Reino, la experiencia y la realidad conocida a fondo irán libremente abriendo caminos.

El afán de martirio refleja en Javier esa visión hacia el interior que busca encontrar al crucificado en cada paso de la vida. Sus famosas expresiones sobre las islas del Moro, plagadas de enemigos y amenazas, y llamadas por él islas de esperar en Dios, reflejan el deseo, tan ignaciano y ya declarado en otros de sus escritos, de seguir a Cristo en la pena para acompañarlo después en la gloria. Sus consideraciones antes del intento de entrar en China, con todo el riesgo que había de encarcelamiento e incluso muerte, dejan muy claro su modo de pensar y de orar: “nos consolamos con pensar que mucho mejor es ser cautivo por sólo el amor de Dios, que libres por huir del trabajo de la cruz”. Y cuando Javier dice “nos consolamos”, no se refiere a un consuelo moral, del que sabe que cumple con su obligación y tendrá un premio tras la muerte, sino a una profunda consolación espiritual, que le hace, místicamente, sentirse identificado con el Señor en su suplicio. El soneto anónimo del siglo XVI, “no me mueve Señor para quererte...”, atribuido con relativa frecuencia a Javier, independientemente de que fuera o no suyo, refleja esa pasión por el Cristo crucificado, en la que no hay temor, sino movimiento identificatorio, nacido del amor al que está “clavado en esa cruz y escarnecido”. Desde la visión de la cruz todo es amor en

Javier como en las últimas estrofas del soneto: “no me tienes que dar porque te quiera; pues aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera”.

De ese amor, visto, cultivado y rememorado continuamente en su interior, brota la pasión apostólica. Y nace, en el Javier superior, su deseo de animar el apostolado de sus hermanos. El fruto no viene de la inteligencia y la palabra bella, sino al contrario: de la identificación apostólica con el crucificado que se pone al servicio de los demás desde la humildad. A Nunes Barreto le señalaba el camino apostólico a recorrer: “En los principios habéis de trabajar mucho en todas obras bajas y humildes, porque de esta manera estará bien el pueblo con vos; y ganada la voluntad al pueblo, las cosas que hiciereis, siempre las irán interpretando a buena parte, principalmente cuando os vieren perseverar de bien en mejor”. Y un poco más tarde le repetía: “Trabajad mucho por ejercitaros en las predicaciones y confesiones, visitando el hospital, los presos y la Misericordia; haciendo estas cosas con humildad y caridad, Dios os acreditará con el pueblo; aunque no tengáis gracia en predicar haréis mucho fruto”. Los grados de humildad de los que se habla en los Ejercicios Espirituales, son citados por una de las personas que los recibió directamente de San Ignacio, el Dr. Ortiz, como “manera y grado de amor de Dios”. Humildad y amor, en la medida que humildad es identificación con Cristo, son palabras equivalentes. Y esa humildad se refleja siempre en el servicio a los más pobres y en la ausencia de vanagloria.

Porque la humildad en Javier, como en Ignacio, no consiste simplemente en “el conocimiento de nuestra bajeza y miseria, y en obrar conforme a él”, como la define el diccionario de la Real Academia de la Lengua. Para Javier humildad es identificarse con el Señor humilde, que trabajó con los pobres, que no despreció sufrimientos por nosotros, que nos salvó desde dentro y desde debajo de la humanidad. Humilde es para Javier acción, compromiso, fuerza de la que brotan todos los demás bienes apostólicos.

En su tercera instrucción al P. Gaspar Barceo, centrada especialmente en temas apostólicos, le insiste de nuevo en la humildad. Gran predicador, Barceo podía gloriarse con facilidad en sus éxitos. Y

Javier le recordaba que Dios da sus dones más para el servicio al prójimo que para provecho propio. Tiene en ese sentido que ser humilde y “trabajar por amar mucho al pueblo, considerando la obligación que le debo, pues Dios por su intercesión me (le) dio gracia para predicar”. Y por si no comprende le insiste en que se ejercite en la humildad, “porque si lo contrario hiciereis témome os perderéis, como tendréis experiencia que muchos se perdieron por falta de humildad”. De nuevo un reflejo de los ejercicios ignacianos y de la meditación de las banderas, en las que el “vano honor” engendra “crecida soberbia”, y de ahí el maligno “induce a todos los otros vicios”.

De ese amor humilde brota el ánimo, ese dinamismo de acción interior que capturado por el amor de Cristo, se vuelve incansable. Aunque Javier nunca se puso a sí mismo como ejemplo, los jesuitas vieron, a través de sus cartas, el ejemplo y el estímulo para desarrollar una incansable acción misionera. Sabían, además, que Javier había practicado esos consejos tan sencillos, que le brotaban en realidad desde la experiencia de la vida: “No se engañe ninguno pensando en señalarse en grandes cosas, si primero en las bajas no se señala”. Y en la misma carta: “Quien no tiene virtud para lo poco, menos la tendrá para lo mucho”.

La India, Malasia, Japón, China, todo ese mundo tan diferente y lejano a la cultura europea, aparecía a los ojos de Javier como misión y responsabilidad. El amor a lo humilde, a lo bajo, el saber que el crédito y la confiabilidad se obtiene desde el servicio a los enfermos sin mirar hacia sí mismo, “lavando esas rodillas y guisando la olla, sin tener necesidad de nadie”, como le decía al conde de Castiñeiras cuando éste le quería poner criados en el buque que le llevaba hacia la India, empuja a Javier a entender al diferente culturalmente, al ajeno a la propia religión, como aquel al que hay que salvar desde el diálogo, desde el anuncio del Evangelio, desde la comprensión de la cultura del otro. Y ello a pesar de las decepciones, de las dificultades, y de ese tipo de depresión normal que se tiene, cuando en el diálogo con personas de otras culturas se comprende al mismo tiempo que estamos hechos del mismo barro, pero que hablamos lenguajes tan diferentes que es difícil acertar a comunicarse desde dos lenguas, dos culturas y dos estilos



vitales tan distintos. La experiencia de ser “como estatuas...por no entender la lengua” debía arderle al misionero.

Pero la humildad se vuelve ahí un arma apostólica para aprender desde la sencillez: “Ahora nos cumple ser como niños en aprender la lengua, y pluguiese a Dios que en una simplicidad y pureza de ánimo los imitásemos”. Y también para descubrir que el japonés tenía virtudes que superaban a las de la propia cultura: “De cuantas tierras tengo vistas en mi vida así de los que son cristianos como de los que no lo son, nunca vi gente tan fiel en lo de no hurtar”. Y desde el aprecio, nacía el deseo de Evangelizar, de cargar la conciencia a las Universidades europeas, para que conscientes de las consolaciones que producía el ver a los laicos japoneses defender su nueva fe, se animaran a dejar sus estudios, canonjías, dignidades y rentas “por otra vida más consolada de la que tienen, viniendo a buscarla a Japón”. Y por lo mismo le atraía China, a pesar de que era muy consciente de las dificultades. Pero el acrecentamiento de la fe no dependía del éxito o fracaso personal, sino de la confianza que Pablo describe como fundamentales para el cristiano y que el propio Javier cita: “Si Dios estuviere por nosotros, ¿quién tendrá victoria sobre nosotros?”.

### C. El Javier exigente

Desde ahí, desde esa fuerza interior que daba la identificación con Cristo, nacía también la capacidad de exigir. Javier se preocupaba especialmente de la calidad de las personas. La India despertaba en sueños no sólo de enriquecimiento rápido, sino de aventura espiritual en muchos jóvenes generosos. Pero no todos estaban maduros para emprender esa aventura difícil de la soledad y del enfrentamiento consigo mismo que supone el acercamiento a otras culturas. Con cierta ironía recuerda el santo que no pocos fervorosos jóvenes de la Compañía “en los tumultos del mar se desearán por ventura más en la santa Compañía de Coimbra, que no en la nao; de manera que hay ciertos fervores que se acaban antes de llegar a la India”. Y no todos tampoco tenían las cualidades religiosas y humanas para vivir en un mundo donde la corrupción y la dificultad se entrecruzaban con tanta facilidad. Pues “entrando en las adversidades grandes, andando entre infieles, sino tienen muchas raíces, apáganse los fervores, y cuando están en la India viven con deseos de Portugal”.

Por eso Javier era un superior exigente. A Simón Rodríguez, Provincial de Portugal, y en su ausencia al Rector de San Antonio en Lisboa, le insistía en la adecuada selección de los jesuitas que se enviaran a la India. Entre las condiciones que ponía para que pudieran viajar decía: “La primera que tengan mucha experiencia de trabajos, en los cuales, así como fueron probados, así también quedaron muy aprovechados; la segunda que tengan letras así para predicar como para confesar, y responder en la China y en Japón a las muchas preguntas que los padres gentiles (los bonzos) les harán, que nunca acaban de preguntar”. Insistía en que no fueran ni muy jóvenes ni muy viejos, se inclinaba por los habitantes de países del norte de Europa para Japón (resistentes al frío), y ponía un elemento de discernimiento importante: “Los padres que allá no hacen falta, acá no nos son muy necesarios”.

Quienes vinieran, además, debían estar plenamente identificados con la Compañía. Si la clave del éxito en toda institución es la identificación con los fines, estilos, modos y objetivos de la misma, Javier entendía con gran claridad que en una situación tan de excepción, como lo era la de la India, la identificación con la Compañía de Jesús debía ser todavía más intensa. Aunque las palabras suenan duras, no hay duda que detrás de lo que le decía a Gonzalo Rodríguez hay también una enorme sabiduría apostólica: “Acordaos cuánta más necesidad tenéis vos de la Compañía, de lo que tiene la Compañía de vos”.

Desde esa convicción Javier no duda en despachar a quienes presentan una imagen del jesuita que no corresponde con los ideales de la naciente orden o dañan su imagen. La “singularidad”, así llamada por él, era una de las pestes que podían azotar a la Compañía. Se trataba del esfuerzo que hacían no pocos predicadores de ser singulares, es decir, especiales, llamativos, efectistas. Llamar la atención antes que ir a lo sólido de la fe era una manera de recrearse en la propia imagen en vez de trabajar para que en la conciencia de los oyentes se forme la imagen de Cristo. Siempre a Gonzalo Rodríguez le insiste: “guardáos de ser singular... A muchos de nuestra Compañía hizo mal esta presunción de querer ser singulares. A muchos despedí de la Compañía después que

llegué del Japón por hallarlos comprendidos en este vicio". Y más adelante nos da una de las claves de lo que puede ser la singularidad: "No procuréis predicar cosas sutiles de letras". El deseo de llamar la atención, de ser admirados, o impresionar con la propia sabiduría, era en definitiva "echar mano del mundo" y buscar "opinión vana".

A Gaspar Barceo, le insiste en que no mire tanto lo bueno que Dios hace a través de él, sino lo que deja de hacer debido a sus flaquezas y ofensas contra Dios. De lo contrario "corréis riesgo muy grande de incurrir una engañosa y falsa opinión"; la de pensar que uno es el eficaz y el que actúa en vez de ver en todo la acción de Dios. "Mirad a cuántos hizo mal esto y cuán dañosa peste es ésta en la Compañía". Al mismo Barceo, poco tiempo después, en la segunda instrucción que le envía con consejos de gobierno, le pide relacionarse con los súbditos "con mucho amor, caridad y modestia, y no con aspereza y rigor". Pero le recomienda "alguna severidad" con aquellos que tengan "alguna manera de opinión y soberbia". El misionero de las Islas de esperar y confiar en Dios, como le llamaba a las Islas del Moro, no soportaba la prepotencia de quienes se atribuían a sí mismos la eficacia del apostolado.

Pero aun en medio de la dureza, Javier sigue siendo el hombre misericordioso y que sueña con esa Compañía de amor y no de rigor. Al Propio Gonzalo Rodríguez, al que le ha dicho "no hagáis por donde seáis despedido", le añade al final de la carta: Esta carta os escribo como a hombre que tiene virtud y perfección para entender y gustar, y no como a hombre flaco, de quien yo poco confiase". La severidad que Javier recomienda para quienes tengan "alguna manera de opinión y soberbia se conjuga con la confianza fraterna del que corrige desde el aprecio y la confianza. Algo semejante podemos ver en las duras críticas que le hace a otro jesuita, Cipriano, hombre de duro carácter, enfrentado con frecuencia con otros sacerdotes y de "poca prudencia" en el hablar. A las disculpas del propio Cipriano, que dice que su condición es de carácter fuerte, Javier no duda en decirle que "no es condición ser así irritable, sino descuido grande que tenéis de Dios y de vuestra conciencia y del amor a los prójimos". Pero al mismo tiempo que le menciona sus errores con claridad, no duda en terminar la carta diciéndole: "Si supieseis el amor con que os

escribo estas cosas, de día y de noche os acordaríais de mí, y por ventura lloraríais recordando el amor grande que os tengo”.

Incluso la severidad está siempre sometida a la prudencia. En general era normal en la época poner penitencias a quienes no cumplían adecuadamente órdenes, normas o tradiciones propias de las diversas congregaciones. Pero Francisco insistía siempre en que las penitencias estuvieran vinculadas con el servicio a los más pobres, y no con laceraciones y golpes infligidos a sí mismos. Incluso ese tipo de mortificaciones (servir en hospitales, etc.), se llevará a cabo según las características propias de cada persona y, especialmente, según su virtud (su capacidad de integrar el servicio humilde en el crecimiento de la vida cristiana propia). “Porque cuando ésta no la hay (la virtud), en vez de aprovechar (la mortificación) daña”.

Antes de partir para China, como fruto final de su experiencia de gobierno, dejó Javier algunas cartas en las que vuelve a insistir en el tema de las cualidades que debe tener el que desea no sólo llegar a la India sino también entrar en la Compañía. De nuevo a Gaspar Barceo le decía casi textualmente en dos cartas diferentes: “no os afanéis por recibir mucha gente en la Compañía, sino poca y buena, porque de ésta tiene la Compañía necesidad; pues vemos que más hacen pocos y buenos que muchos que no lo son”. Y ya admitidos, “nunca ordenéis en la Compañía personas sin ciencia ni virtudes aprobadas de muchos años”. Y de ninguna manera readmitir a los expulsados aunque lo rogara “el virrey y toda la India junto con él”. Todavía el 13 de Noviembre de 1552, a las puertas de China y de la muerte, repetiría en carta dirigida a Barceo y Francisco Pérez: “Os recomiendo que recibáis muy pocos en la Compañía; y los que son ya recibidos, pasen por muchas experiencias; porque me temo que algunos hay recibidos que sería mejor despedirlos, así como yo hice con Álvaro Ferreira”.

### Consideraciones finales

Ya para terminar este breve recuerdo de este misionero, apóstol y hombre de un inmenso liderazgo para la misión, sirva como resumen mínimo una triple caracterización de Javier Provincial inspirada en su vida y obra. En primer lugar Javier entendió con claridad la idea

ignaciana de lo que debía ser un superior en la Compañía de Jesús: Un líder para la misión. Y una persona inspiradora que no tuviera empacho ni dificultad en ser él el primero que de palabra y obra asumiera las dificultades de la misión. San Ignacio llamó a los superiores de su orden prepositos, puestos por delante. Aunque recoge parte de la tradición monástica y mendicante, que calificaban respectivamente a sus superiores como Padres (abad) amorosos, y como Guardianes (vigilantes) testimoniales del carisma, Ignacio insiste en la prioridad apostólica de quien tiene el servicio de la autoridad. Y no hay duda que Javier entendió perfectamente ese modo de concebir así el servicio de la autoridad. Primero en el discernimiento y primero también en el servicio y el viaje exploratorio. Nuncio apostólico no tiene inconveniente en pasar grandes temporadas solo al lado de los humildes Paravas, en el sur de la India, alejado de las relativas comodidades de Goa o de las pequeñas ciudades fortaleza que iban estableciendo los portugueses a lo largo de la costa. Provincial de la Compañía, es el primero en poner los pies en el Japón, e iniciar allá, en medio de grandes dificultades, la evangelización. Y enterado de las posibilidades de China el primero de nuevo en intentar cruzar una frontera que le podía llevar a la prisión o a la muerte.

El segundo aspecto es el de padre amoroso, abierto siempre a las necesidades del súbdito. La ternura, que hemos descrito, con la que habla de sus primeros hermanos jesuitas en Europa, se extiende hacia todos los que se apuntan a la misión. Sólo les pide y exige el mismo ánimo y liberalidad que el amor de Cristo despierta en los pechos generosos. Ese ánimo que es la esencia de la vida comunitaria de la Compañía, que une a los hombres de la misión en la distancia, que les lleva a reencontrarse con la ilusión y el entusiasmo de quien ha participado en las mismas batallas, ha sufrido los mismos dolores por el Reino y tiene la experiencia cierta de la misma victoria. "Amigos en el Señor", se les ha llamado alguna vez a los jesuitas, pero tal vez hay que ir más allá: Amigos, sí, en y desde el Señor, y desde las luchas cruciales por su Reino, a las que Él nos envía. Javier es un signo de ese cariño profundamente tierno y humano, enraizado en el Cristo crucificado y en su misión liberadora.

Y finalmente, un liderazgo crítico con los poderes de este mundo, claramente comprometido con lo que hoy llamaríamos la construcción de

un mundo nuevo. Ese tipo de liderazgo que sabe que el Reino se construye desde abajo y desde dentro de la humanidad sufriente, y no desde los propeles y los privilegios que con tanta facilidad se pegan a lo cargos de autoridad.

Cuando San Ignacio redactó las Constituciones de la Compañía de Jesús, enumeró una larga serie de cualidades que debían ser propias no sólo del Prepósito General, sino “de los Prepósitos Provinciales y locales”. Pero sabedor de que la perfección es difícil de alcanzar, termina la lista de cualidades diciendo: “Si algunas de las partes (cualidades) arriba dichas faltasen, a lo menos no falte bondad mucha y amor a la Compañía y buen juicio acompañado de buenas letras”. Todo un pequeño retrato de ese Javier brillante en París, a quien Ignacio había repetido tan insistentemente las palabras de Jesús: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma?”